

LAS DIMENSIONES DE LA LIBERTAD EN LA ESCRITURA

ALEJANDRO AURA

Qué tamaño puede tener la libertad?

Me hago la pregunta y me quedo atónito, sin tono, fuera de línea. Las dimensiones de la libertad en la escritura. Lo primero es apuntar, antes que ver hacia ningún otro lado, que la libertad es inconmensurable de por sí; su condición es precisamente la de no tener condiciones ni límites ni extremos. Digamos que es familiar de la palabra abierto. ¿Cuáles son los límites de lo abierto? Podrían serlo el horizonte —que, como todos sabemos se burla de nuestra experiencia— y la extensión de la percepción por medio de los sentidos, o algo así. Hasta dónde llega lo que somos capaces de entender o de imaginar. Si uno escribe, uno no puede tener más limitaciones que las de su talento y las de su gusto. Luego, las dimensiones de esa libertad son las del gusto y el talento. Tan grande o tan pequeña es la libertad de que hablamos.

Aunque se entiende que estamos tratando de la escritura como un espacio de ejercicio de la capacidad creativa y no nada más de la fijación fría y mecánica de datos por medio del uso de la letra escrita, en la que por supuesto hay todos los límites posibles (y se entiende que todos son una convención universalmente aceptada), empezando por el muy inmediato del objeto de la escritura para terminar con la pericia en el manejo del lenguaje; cuando se escribe para conservar tales datos, fechas, proporciones, reglamentos, leyes, avisos, y cosas por el estilo; cuando la escritura es un recurso mnemotécnico de que se valen las personas para grabar en el tiempo y en el espacio ciertos datos que deberán ser descodificados sin dejar lugar a la interpretación subjetiva.

Cosa asaz cachetona de todos modos, como nos lo muestran montones de escritos de la antigüedad en los que los muy traviosos lectores del futuro venimos a descubrir gustos, temores, prejuicios, cadencias, modos, interpretaciones, revelaciones del mundo que nunca pensó poner el que hizo el acto físico de la escritura. Porque la escritura, como bien sabemos, tiene siempre un cable conectado con el corazón, trate de lo que trate. Pues las palabras, además de su significado, tienen sentido. Cuando hayamos dado la vuelta a muchas generaciones y nos topemos por accidente arqueológico con una campaña publicitaria de Comercial Mexicana, podremos leer montones de cosas de los gustos, de los temores, de las necesidades, las vergüenzas, las aspiraciones y los cotos prohibidos de la vida ordinaria de los mexicanos del siglo que ahora se acaba.

Pero si me pongo a escribir adrede nuevas cosas, cosas que no había en el mundo, acontecimientos que nunca habían ocurrido, como que una niña pueda pasar a través de un espejo y de aquel lado encontrar un mundo con otras reglas distintas de las comunes a todos los humanos; o refiero una batalla en la que un caballero andante, armado de una espada, un yelmo y un trajecito de fierro, pelea contra un endriago o monstruo de nuevo cuño que arroja fuego por las narizotas, o describo la aparición de una bestia mitad

serpiente y mitad dragón en el centro de un lago, muy mi gusto y muy el gusto de los que me lo crean.

Como si me da la gana contar que, según todos sabemos de manera fehaciente, y ay del que no lo crea porque estará condenado al infierno gris de los que no conocen la alegría, los dioses del Olimpo participan siempre con sus acciones y sus personas en las batallas de los griegos contra los troyanos, y que Tetis, desmelenada como si acabara de salir del baño, se agarra a las rodillas de Zeus para suplicarle que le ayude a su hijo Aquiles a cobrar venganza del pelado de Agamenón que lo hace enojar horrible; o que Juan Preciado, abrazado en la tumba con el esqueleto mondo y lirondo de Dorotea oye ruidos afuera en la noche de Comala y se pone nervioso porque no está acostumbrado a tratar con fantasmas, o cualquier otra libertad que decida tomarme, bien tomada siempre y cuando encuentre destinatarios que estén dispuestos a aprovechar y consumir lo que esa libertad me permitió inventar.

Ahora, y sigo pensando en los riesgos de la libertad, que pueden ir más allá de que te crean o te dejen de creer, si yo quiero escribir horrores de alguien que existe en la vida real, de alguien con nombre y apellido, no hay nadie que pueda impedírmelo. Podrá demandarme después de dado a conocer lo escrito, establecer un juicio, ganar el pleito y obligarme, en último caso, al margen de los castigos que la ley me imponga, a desautorizar mis anteriores aseveraciones, a retractarme y confesar que lo que dije antes no estaba apegado a la verdad y esto otro que digo ahora, a satisfacción del demandante, sí; pero estos movimientos, estas acciones, pertenecen al reino de lo legal y transitorio –sólo valen mientras los actores del pleito estén vivos o sus descendientes quieran mantener la querrela y tengan personalidad jurídica para hacerlo– y no limitan propiamente el ejercicio de la libertad en la escritura, que puede durar lo que llamamos para siempre, porque si lo escrito –y esta es la materia de apertura indiscriminada que tiene la libertad– reúne las condiciones subjetivas y objetivas para pertenecer al reino de lo "literario", ya se chingó el calumniado: vendrá a ser Macbeth o Tartufo o la desalmada abuela de la cándida Eréndira *persecula seculorum*.

En mi mesa de trabajo está el Arte de amar, de Ovidio, y pienso en la Roma en que fue escrito tan divertido e instructivo libro, en la Roma liberal, libertina, populosa, tan triunfante como dudosa y conflictiva, que da al poeta su anuencia tácita –el reconocimiento, la fama, el éxito social– para escribir acerca de las costumbres amatorias de los romanos; un libro que, antes que nada, es inmensamente divertido, y muy útil para sacar del error a aquellos que creen que hombres y mujeres somos de igual condición, que propone al lector varón poner los elementos más íntimos de su vida emocional al servicio de un juego permanente: el conquistador de corazones. Tan abierto que en la tercera entrada da cartas también para ellas, para que puedan responder a la sota, al caballo y al rey. Un juego que a nadie hace daño porque a nadie engaña, ni a los jugadores ni a las mujeres, simplemente recoge en versos de excelente factura, que es lo que mejor sabía hacer Ovidio, lo que está en las costumbres y el modo de ligar de esa época y de muchas más hasta donde entendemos la cultura occidental, porque lo que propone es siempre agradecerlas, siempre concederles para que ellas, al fin, concedan lo que están deseosas de otorgar. Si a ellas también les gusta, dijo el rasposo. El que no quiera jugar el juego que Ovidio propone, simplemente no lo juega, se queda con la misma señora para siempre, le

es fiel, se inscribe en el Pro-Vida de su localidad y se abstiene de las babosadas o los peligros que puedan aportar los chistecitos del poeta.

Sin embargo la libertad espiritual e intelectual con que este inocente y jubiloso libro fue escrito, le costó cara al autor que tuvo que vivir el doloroso destierro de su ciudad y su familia en castigo por haber sido consecuente con su tiempo, un tiempo que cambió de pronto, una Roma que decidió dejar de ser como era y castigar a los que la habían visto relajada y desnuda.

Luego la libertad, que no puede estar limitada por dentro, desde el punto de vista del creador, sí lo está con molesta y dolorosa frecuencia, desde fuera, desde el territorio de los demás. La libertad de la escritura es total, la del escritor depende de los vaivenes de su tiempo y de las particularidades de su convivencia con los otros. A Roma no le gusta que haya señores como ése que se divierten con lo que antes Roma se divertía y que lo dejó escrito como testimonio permanente. El señor Ovidio sufrió el destierro y con él la limitación coercitiva de su libertad, pero el Arte de amar, lo escrito, escrito está desde hace veinte siglos y seguirá escrito mientras la humanidad tenga memoria.

Así que las dimensiones de la libertad en la escritura son, desde dentro, inconmensurables; desde fuera, dependen de la época, del dictador en turno, de la mochería de la sociedad que atisbe que por ahí anda alguno que piensa y mira al mundo de manera distinta y con ello pone en peligro la estabilidad y tranquilidad de los demás.

Las dimensiones de la libertad en la escritura, pues, son relativas. Dependen del horizonte espiritual de quien las enfrenta. Alguien puede querer escribir lo que en verdad le parecen las cosas del mundo y anteponer la conveniencia de decirlo o no decirlo. Alguien más puede tener un punto de vista frío y distante de los acontecimientos de su época y su medio y ponerle precio a la divulgación o al ocultamiento de lo que considera criticable o susceptible de dar a conocer. Tal es el caso de muchas plumas contemporáneas que se desempeñan en el periodismo, en el género que hemos llamado editorial; con frecuencia nos asombramos del cambio de opinión de éste o de aquel editorialista y resulta a veces difícil discernir si fue porque es de humanos errar o porque su humano error cayó en blandito y ya le calentaron la mano.

O sea que las dimensiones de la libertad en la escritura, aunque falte mucho por considerar, pueden resumirse en unos cuantos centímetros: la libertad es lo que cada quien es capaz de abarcar en los vuelos de su espíritu, cueste lo que cueste.